

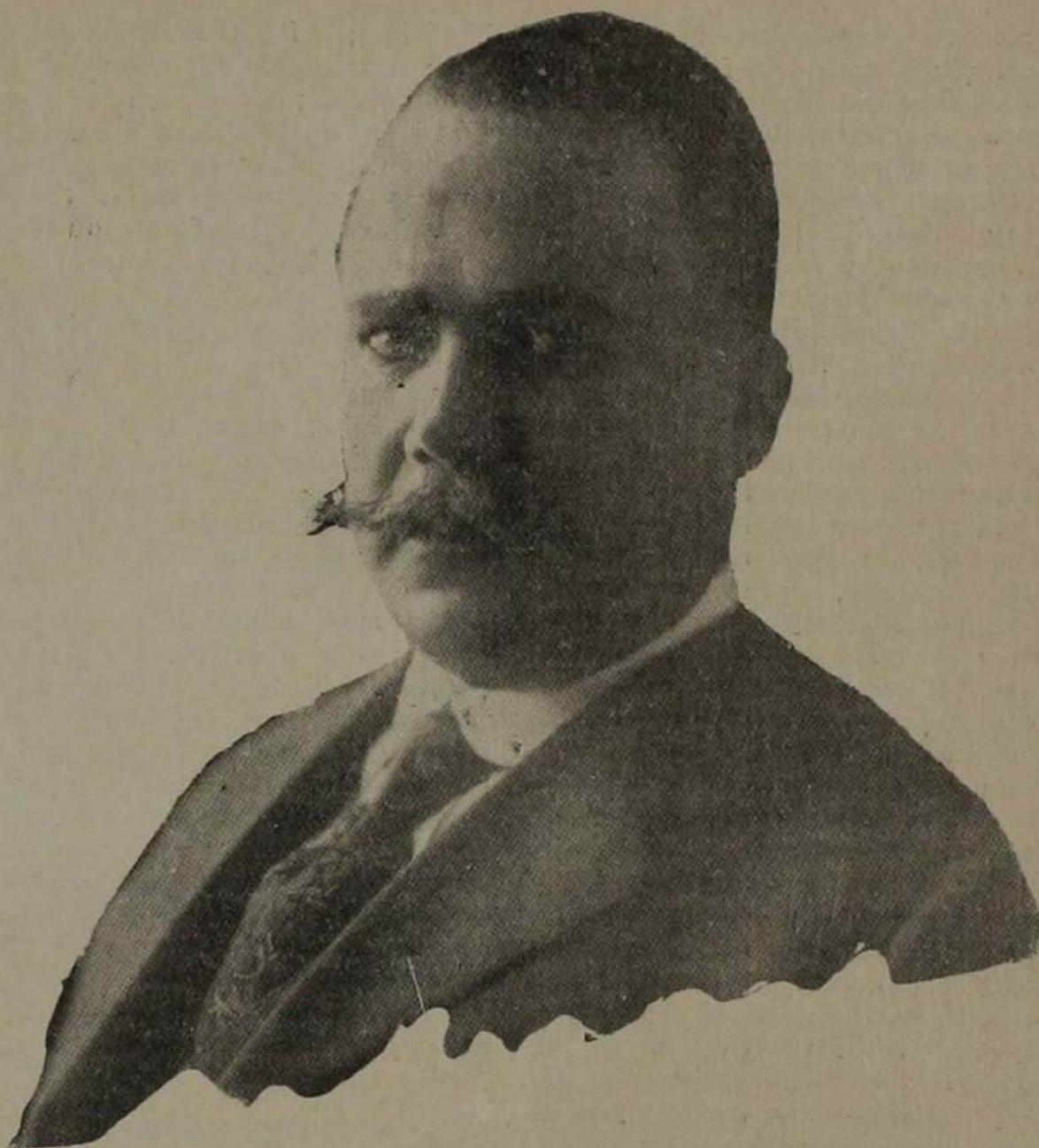
## HOMBRES DEL MOMENTO

# Obregón, el Presidente preocupado

UNA vez el presidente Obregón nos recibió en el Palacio Nacional: este palacio, que ocupa uno de los lados del Zócalo y que recuerda la arquitectura de las grandes residencias oficiales que se construyeron en España en tiempos de Carlos III; otra vez, el presidente Obregón nos invitó a departir con él en el castillo de Chapultepec: un soberbio castillo de la época azteca alzado sobre un montículo de roca viva y circundado por un bosque que tiene las líneas delicadas y aristocráticas del Bosque de Boionia y una frondosidad sin equivalencia ni comparación posibles.

La primera impresión que del presidente Obregón se recibe es la de su fortaleza física. Se ve en Obregón a un hombre sano: ancho de espaldas, recio, de cabeza casi cuadrada. Madero, por ejemplo, el presidente que acabó con la dictadura de Porfirio Díaz, era de minúscula presencia: esmirriado de cuerpo y de cráneo pequeño. Como Obregón es Calles, secretario de Gobernación y candidato a la Presidencia, que, por haber encontrado para las elecciones próximas el apoyo oficial, ha desencadenado en su contra el actual movimiento revolucionario. A pesar de esta fortaleza física de Obregón, sus amigos advertían que, en el espacio de unos meses, los que llevaba ejerciendo la más alta magistratura de su país, había envejecido extremadamente; lo conocían en sus ojos, que habían perdido luminosidad, y parecía, en momentos, que se diluían en agua; lo conocían en las mil hebras de plata que, inopinadamente, surgieron en su cabeza; lo conocían en el cansancio y en la laxitud que, de pronto, observaban en él... Estos amigos sabían, sin embargo, que ya, antes que ellos, uno de los griegos dilectos a los mejicanos estudiosos, Platón, había dicho que el mal que mata con mayor rapidez a los hombres es el que se contrae cuando se adquiere conciencia de la propia responsabilidad.

Esta fortaleza física de Obregón no va unida a dureza de carácter, a terquedad de palabra, a ímpetu sanguíneo, a dominio de la materia sobre el espíritu. Todo lo contrario. Obregón



EL PRESIDENTE OBREGON

es franco, claro, efusivo; el diálogo con él es diálogo de camaradería. Los problemas más trascendentales—el del reconocimiento de México por los Estados Unidos, el de la actitud del Gobierno español por el reparto de las tierras, el del petróleo, el de la situación de la Hacienda pública, el social, el de la enseñanza—trátanse con él sin criterio impositivo por su parte. Habla, expone su opinión y espera la opinión de quien está con él, a la que se rinde si la cree superior a la suya. No es lo que fué Narváez en España, que fué siempre una espada y sólo una espada; ni lo que fué Porfirio Díaz, que era la espada y el decorado externo más recargado de colores, insignias, bordados y plumas que se ha presentado en público. Obregón se ha desprendido del uniforme, que no ha vuelto a vestir desde su elevación a la Presidencia; se ha desprendido de él por fuera y por dentro; se ha desprendido de él como hábito y como influencia en el carácter. Es un hombre de la vida civil y de concepción civil de la vida. Su historia de guerrero, detallada en el libro original *Ocho mil kilómetros en campaña*, ha quedado cortada en el momento que el guerrero ha sido encumbrado a la más alta magistratura de su país. Obregón no

es el grito, ni la violencia, ni la impetuosidad desorbitada, ni el ordeno y mando seco, terminante e inapelable; es la palabra suave, la continencia, el debate democrático, la actitud meditada y serena, la acción precedida siempre de la reflexión. ¿No había dicho Goethe que estas cualidades señalaban los límites de un carácter?

Departiendo con Obregón, lo que se observa en seguida es su preocupación. Obregón es un hombre profundamente preocupado. Quien ha intimado en Europa con otros jefes de Estado, los presenta banales, ligeros, hablando de todo sin profundizar en nada, produciéndose ingeniosamente cuando se reclama de ellos seriedad, adoptando gravedad y empaque pedantescos cuando se pide de ellos que escuchen, callen y cumplan lo que se les mande. Así era, por ejemplo, Guillermo II. Obregón no es así. En el régimen constitucional de México, el Presidente de la República se ve investido de extraordinarios poderes: sus ministros son secretarios de despacho, que él nombra y destituye a voluntad, lo mismo que al procurador general de la República, al gobernador del Distrito Federal, a los gobernadores de territorios, al procurador general de Justicia, a los agentes di-